



## Capítulo 589: Alguna información

La sala principal estaba iluminada únicamente por las luces azuladas que emanaban de la gran pantalla suspendida en el aire —un panel etéreo hecho de pura energía demoníaca. Los símbolos flotaban, reorganizándose en nombres, rostros y títulos a medida que el sistema compilaba los registros de los competidores del Torneo Celestial.

Vergil estaba sentado relajado en uno de los sillones de cuero oscuro, con una pierna cruzada sobre la otra. Ada descansó en su regazo, con sus ojos dorados medio cerrados, mirando la proyección con una expresión curiosa —y ligeramente aburrida—.

"Entonces... ¿estas personas son los competidores?" Vergil preguntó, inclinando ligeramente la cabeza y con los ojos fijos en la pantalla. "Hmph. Qué decepcionante."

Hizo una pausa y el tono irónico se profundizó. "Pensé que sería más... interesante."

Al otro lado de la habitación, Paimon dejó escapar un suspiro largo y cansado —el tipo de suspiro que sólo alguien emocionalmente agotado podría producir.

"No subestimes a los demás, hombre..." murmuró, ajustándose las gafas de lectura con el dedo índice. "Deja de ser un niño."

Virgilio miró hacia otro lado y arqueó una ceja.

Paimon parecía... un desastre encantador. Incluso con toda su elegancia natural —el vestido ajustado, el cabello cuidadosamente atado— su cansancio



era evidente. Las profundas ojeras bajo sus ojos ámbar delataban días sin descanso.

"Oh, por favor", comentó Vergil, divertido. "No me culpes por ser honesto."

Después de una pausa, su mirada se estrechó curiosamente.

"Y por cierto... ¿qué te pasó?"

Paimon se volvió lentamente hacia él, con el andar inestable de un zombi resucitado por la fuerza.

"¿Quién crees que es," comenzó, señalando con un dedo tembloroso la pantalla, "tuvo que averiguar cada nombre, preparar cada registro, confirmar cada reino, validar cada maldito sello, solo para escuchar, 'pensé que sería más... genial'?"

Ella imitó la voz de Virgilio burlonamente, pero apenas pudo mantener su tono estable.

Vergil simplemente la miró, su expresión completamente neutral —el tipo de mirada que decía, sin palabras, "No pedí esto"

Paimon puso los ojos en blanco y suspiró, volviéndose hacia la pantalla. Un movimiento de su mano y las inscripciones comenzaron a girar, revelando nueva información.

"De todos modos..." dijo ella, tratando de sonar profesional a pesar de su cansancio. "Lo que puedo garantizar es que no te aburrirás."



Vergil levantó ligeramente una ceja.

"¿Hm?"

Paimon cruzó los brazos y miró fijamente el panel flotante.

"Muchos de ellos decidieron enviar miembros de la Facción de Héroes en lugar de heraldos o entidades divinas." "Tiene sentido. Es más fácil enviar humanos excepcionales que arriesgarse a poner a un dios en medio de este caos."

Ada, todavía en el regazo de Virgilio, inclinó la cabeza hacia un lado y apoyó la barbilla sobre su hombro.

"'Facción de héroes'?" Ella preguntó desinteresadamente. "La última vez que los vi fue cuando fui a golpear al Papa."

"Exactamente", respondió Paimon sin dudarlo. "Pero son poderosos. Los humanos benditos son mejores que antes; probablemente hayas atrapado a algunos novatos. Algunos son lo suficientemente fuertes como para rivalizar con dioses menores. Bueno, es más interesante tratar con los héroes que luchar contra los dioses."

"Hm... 'enfréntate a un dios,' ¿es eso?" Dijo neutralmente, sin apartar la mirada. "Te refieres a los heraldos, ¿verdad?"

Paimon levantó una ceja, un poco sorprendido.

"Exactamente," respondió, ajustándose la corbata. "Emisarios directos de los dioses." Fragmentos de la propia autoridad divina canalizados hacia cuerpos



mortales. Cuando un heraldo entra al campo, es más que poder—es la voluntad de un dios que se manifiesta.

Virgilio emitió un ligero sonido de desdén, casi una risa baja.

"Así que son sólo extensiones... marionetas que llevan el eco de la divinidad." Se reclinó en su silla. "Tiene sentido. Un dios nunca se arriesgaría a descender personalmente a un torneo tan... terrenal."

Ada apartó la mirada de la pantalla y finalmente se interesó.

"En otras palabras, dioses menores con un complejo de sirvientes."

Paimon soltó una risa corta y cansada. "Esa es una forma contundente de decirlo."

Con un gesto, hizo zoom en la pantalla. Los nombres empezaron a destacarse: El Heraldo de Ares, El Heraldo de Poseidón, El Heredero de Yama."

"Afortunadamente," Paimon continuó, moviendo el panel con un movimiento de sus dedos, "sólo unos pocos panteones han optado por recurrir a este tipo de poder." Zeus, por ejemplo, envía heraldos de Atenea y Ares. Yama, como siempre, eligió a su propio sucesor. Aparte de eso, la mayoría prefirió mantener a los dioses fuera de esto.

Hizo una breve pausa, con los ojos apoyados en el emblema dorado del Olimpo que brillaba en el centro de la pantalla.

"Francamente, este torneo es el más inútil que he visto jamás." Ella suspiró. "Ninguno de los grandes quería participar. Ni siquiera Shiva."



Virgilio arqueó una ceja y se formó una media sonrisa.

"¿Shiva se niega a pelear? Ahora eso es noticia."

"Fue forzado," dijo Paimon, cruzando los brazos. "El consejo celestial exigió un representante de cada panteón mayor. Se mostró reacio, pero finalmente cedió. No tuvo otra opción."

Vergil dio una risa nasal, ligera y sin humor.

"Como siempre," comentó. "Los dioses crean sus propias reglas... y sin embargo se convierten en esclavos de ellos."

Ada apoyó su barbilla sobre su hombro, su tono suave pero curioso.

"¿Y qué opinas de eso?"

Vergil mantuvo su mirada fija en la pantalla, sus ojos azul grisáceos reflejaban el brillo etéreo de las proyecciones.

"Creo," dijo con calma, "que si los dioses envían a sus representantes en lugar de luchar por sí mismos, es porque saben que podrían perder."

Un breve silencio cayó sobre la habitación. Paimon miró hacia otro lado, casi con una sonrisa cansada en sus labios.

"Hmph..." ella murmuró. "Siempre tienes mucha confianza, ¿no?"



Vergil sonrió. "La confianza no es lo mismo que la arrogancia. Sólo sé lo que puedo hacer."

Paimon resopló y se desplomó en el sofá, dejando caer los papeles holográficos sobre la mesa.

"Está bien, está bien. Simplemente intenta no matar a nadie antes de que comience el torneo, ¿de acuerdo? Todavía tengo informes que completar y, honestamente... merezco un descanso."

Vergil pasó lentamente sus dedos por el cabello de Ada, sin apartar nunca los ojos de la pantalla.

"Lo prometo...lo intentaré."

...



El Jardín del Edén permaneció intacto por el tiempo—vasto, dorado, silencioso. La luz allí no provenía del sol, sino del aire mismo. Rayos de pureza brillaban sobre las hojas translúcidas de los árboles, y el sonido distante de los coros celestiales resonaba como el latido de las alas.

En el centro de ese paraíso sagrado, una figura de autoridad caminaba lentamente a través del estanque reflectante que servía de suelo. Las aguas lamían bajo sus pies—sin atreverse a mojarla.

Uriel, Arcángel de la Pureza y Juez de las Llamas Eternas. Su presencia era como una espada cubierta de seda: elegante, pero lo suficientemente afilada como para partir el cielo.



Ante ella flotaba una vasta estructura luminiscente—un círculo de runas celestiales que formaban una especie de mesa etérea. Los nombres, rostros y fechas de la creación se alternaban rápidamente, proyectados por la voluntad del Cielo.

Suspiró, un suspiro demasiado pesado para un ser de su naturaleza.

"Menos de cien años de existencia..." murmuró, pasando el dedo sobre la proyección. "Y, sin embargo, deben representar el Trono del Padre."

Cada palabra estaba plagada de tensión.

Al otro lado de la mesa, Sandalfón, el ángel de las melodías y escriba del Edén, la observaba en silencio. A diferencia de ella, él parecía más tranquilo—sereno, incluso. Sus alas azules se doblaron con perfecta compostura.



"Estás demasiado preocupado, Uriel", dijo, su tono casi melódico. "Juventud no significa debilidad."

"Tampoco significa fuerza", respondió Uriel, con sus ojos dorados mirando fijamente la información infinita. "¿Y si uno de ellos cae ante los demonios o los dioses? ¿Qué dirá eso del Cielo?"

Sandalphon sonrió levemente.

"Dirá que, por una vez, el Cielo se atrevió a confiar en aquellos que todavía creen."



Uriel cerró los ojos por un momento y respiró profundamente. Con cada latido de sus alas translúcidas, una ligera lluvia de partículas doradas caía a su alrededor.

Hizo un gesto—y el panel se expandió, mostrando docenas de ángeles jóvenes. Cada rostro reflejaba la inocencia y el poder recién despertados, pero también la inexperiencia.

"Muchos de ellos aún no han empuñado una espada", dijo Uriel en voz baja.  
"Algunos ni siquiera han volado fuera de las puertas del Edén."

Sandalphon inclinó la cabeza.

"Y, sin embargo... son los únicos que cumplen las reglas." El Padre fue claro:  
"Nuevas alas para una nueva era."

Uriel permaneció en silencio. El peso del mandato divino era algo que ni siquiera ella se atrevía a cuestionar.

Con otro gesto aparecieron dos imágenes en la proyección.

La primera—una mujer joven con ojos plateados y alas tan blancas como el resplandor de las nubes de la mañana.

Serafina, la espada del amanecer. Creado hace sólo 87 años. Leal, disciplinado... pero emocionalmente inestable.

El segundo—un joven de expresión tranquila, cabello dorado casi blanco y alas de tonos grises.



Caelum, el Guardián del Silencio. Creado hace 93 años. Alto en poder, pero demasiado cuestionador.

Uriel los observó durante mucho tiempo, el reflejo de la luz celestial danzando en sus ojos.

"La Espada y el Silencio..." murmuró. "Un símbolo apropiado para el Cielo, supongo."

Sandalphon soltó una pequeña risa, resonando como campanas lejanas. "O un presagio de caos, si no están de acuerdo contigo."

Uriel levantó lentamente la mirada y el aire a su alrededor pareció calentarse —la tensión que emanaba de ella era casi palpable.

"Si no están de acuerdo... aprenderán el significado de la obediencia."

Tocó el sello de aprobación. Las dos imágenes se iluminaron, chamuscadas por el fuego dorado de la autoridad divina.

"Está decidido", dijo con firmeza. "Serafina y Caelum representarán el Trono del Padre en el Torneo Celestial."

Sandalphon hizo una ligera reverencia, en señal de respeto.

"Que el Edén los guíe..."

Uriel, sin embargo, permaneció inmóvil. Su mirada se perdió en el horizonte del Edén—, donde el brillo puro del cielo tocó los límites del infinito.



JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

"Que tenga razón," murmuró, apenas audible. "Porque si fallan... todo el Cielo caerá en vergüenza."

